

PERFIL BIOGRÁFICO

Rosa Galisteo nace en Baena, es miembro fundador de la Asociación Cultural Mucho Cuento. Ha publicado en una veintena de antologías. Ha colaborado en revistas y radio. Y es coordinadora en talleres de escritura creativa y en club de lectura

ANIMALES DE COSTUMBRES

Yo era joven y recién licenciado cuando tuve mi primer empleo en aquella isla.

Allí vivían los Nelson, una familia, británica y poderosa, muy respetada en el lugar.

Me instalé en la casa del antiguo médico y me ocupé de la salud de los isleños.

En mis ratos libres volví a tomar clases de piano.

A las pocas semanas fui invitado por los Nelson a su gran casa, después, las visitas fueron cada vez más frecuentes. Le caí bien a la señora Nelson. Ella era bastante más joven que su marido. Todo en ella me fascinaba, sobre todo cuando tocaba el piano con aquellos nocturnos de notas lentas cargadas de tristeza; su forma más cautivadora de pedirme auxilio.

No sé en que momento decidimos matar a su marido. Quizás cuando descubrimos que se dormía con las primeras notas.

Fuimos tejiendo en su mente una intensa relación entre la música y la desconexión de la conciencia.

El resto fue fácil, colocar una cinta de cassette en su coche con aquellas notas y que cayera por un acantilado.

Luego aquella hábil mujer desapareció de la isla y de mi vida. Y yo, desde entonces, cada vez que oigo esas notas en cualquier lugar, comienzo a tener unas incontrolables ganas de matar.

Rosa Galisteo

CAJAS DESTEMPLADAS

Aquella noche Luis apenas pudo dormir. El tan, tan, tatatan de los tambores martilleaba en su cabeza como todas las vísperas. Vomitó. Los dolores en las articulaciones iban a más y ya apenas podía cerrar las manos, le faltaban las fuerzas. Cogió la capacha donde guardaba sus herramientas. Salió de casa sin desayunar, con un pellizco en el estómago y la cabeza cabizbaja. El trayecto lo hizo andando, como queriendo retrasar su llegada al Ayuntamiento. Cuando llegó ya estaba en el patio todo preparado, la silla en el centro. Al fondo llegaba la comitiva. En primera línea el reo con las manos atadas, y el cura rezando el padre nuestro en latín. Tan tan tatatan. Condujo del brazo al condenado y lo sentó. Se arrodillo y sacó de la capacha unos grilletes que colocó en los tobillos. Con suerte aquella sería su última ejecución si el consejo de ministros aprobaba la ley. Además, sus manos se estaban engarrotando irremediablemente y la habían fallado en las últimas ejecuciones. Luego se incorporó con dificultad y colocó una capucha negra sobre la cabeza de aquel desgraciado que acababa de mearse encima de sus zapatos. Le cogió con su mano la barbilla y le colocó la cabeza en el centro. Le puso el collar de hierro alrededor del cuello, tomó aire y esperó que cesaran los tambores. Tan, tan, tatatan, tan. Dio torpemente tres giros a la manivela y pudo oír como entraba la bola. Se puso de nuevo delante y le subió la capucha para comprobar la ejecución. Un hilito de sangre asomaba por su boca. Bajó rápidamente la capucha. Se agachó, quitó los grilletes de los pies. Luego se incorporó y giró en sentido contrario de nuevo la manivela. Con la capucha aprovechó para limpiar la sangre del ajusticiado sin que nadie advirtiera el fallo que acababa de cometer. Unos empleados municipales se llevaron el cuerpo. Luego se arrodillo delante del cura y besó el crucifijo. Recogió sus instrumentos y volvió a casa. Entró en ella cabizbajo y con un pellizco en el estómago, se dirigió al baño y vomitó. Se dejó caer sobre la cama, de nuevo, tan tan tatatan.

Rosa Galisteo